

su alejamiento de la S. F. I. O. y del P. C. F., es la bestia negra para la derecha. El 13 de mayo dice rotundamente «no» al regreso de De Gaulle. Cree radicalmente en la República. Sus intervenciones de entonces son sinceras y apasionadas y esto le cuesta el escaño en 1958. Cuatro años más tarde Mitterrand sale reelegido por el apoyo de socialistas y comunistas. En diciembre de 1963 a junio del 64, participa en los «coloquios socialistas» que monta la S. F. I. O. «El camino socialista —dice— es la única respuesta a la experiencia gaullista». Ya dio el viraje. Ha fracasado el intento de De Gaulle de crear la «gran federación» apoyándose en el centro. Ha llegado su hora. Primera vuelta de las elecciones: sorpresa. De la noche a la mañana, aparece como el hombre que ha hecho fracasar a De Gaulle. Con más de siete millones y medio de votos (diez en la segunda vuelta) acaba de abrir un camino político. Por vez primera desde el Frente Popular, la unidad de la izquierda volvía a hallar una «credibilidad» y se encarnaba en un hombre. Desde hace tres años, la acción de Mitterrand se orienta simultáneamente a proseguir el reforzamiento de la Federación y a completar los acuerdos de la izquierda unida, el último de los cuales fue la «plataforma común» elaborada con el P. C. el pasado 23 de febrero. La reacción de los gaullistas a punta a crear en los electores el miedo a un posible «golpe de Praga». Mitterrand responde que nuestra época es, más que la de los «golpes de Praga» la de los «golpes de Atenas» o la de los «golpes de Argelia».

NUEVO MINISTRO DE EDUCACION

Don José Luis Villar Palasí ha sido designado Ministro de Educación y Ciencia, en sustitución del profesor Lora Tamayo, titular del Departamento desde 1962. Villar Palasí, que tiene cuarenta y cinco años de edad, es catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Central. En el discurso que pronunció en el acto de toma de posesión, el señor Villar formuló, en un estilo exento de retórica, los supuestos que servirán de base a su política. «No se me oculta —dijo— que nuestra Universidad enferma no requiere soluciones exclusivamente administrativas. Es fundamentalmente la solución política la única que podrá curar una enfermedad política, porque otra cosa no sería sino engañarnos a nosotros y engañar a los demás. A quienes en este aspecto crean que sólo podré aportar soluciones administrativas, quiero de antemano desengañarles». El nuevo Ministro se refirió también a los problemas de la enseñanza primaria, afirmando con respecto a los mismos que «es mucho lo que se ha hecho, pero es mucho más lo que queda por hacer, como queda también —añadió— por encontrar la fórmula que impida que nuestros científicos salgan del país para encontrar en otras tierras no ya los medios técnicos que precisan para sus investigaciones, sino, sobre todo, la comprensión de las autoridades académicas, de los centros oficiales y de las entidades creadas por la iniciativa privada».

Este nombramiento ha sido el hecho político español más comentado de los últimos meses.



EL INFORME KERNER

Sobre los disturbios raciales

A raíz de los disturbios raciales del verano de 1967, el Presidente Johnson nombró una Comisión nacional, presidida por el gobernador de Illinois, Otto Kerner, y cuyo vicepresidente era John Lindsay, alcalde de Nueva York. Comprendía a senadores, representantes, portavoces de la policía, de la industria, de los medios negociantes y de los sindicatos, así como a Roy Wilkins, de la National Association for the Advancement of Coloured People (N. A. A. C. P.). Esta Comisión ha emitido su informe hace un mes: treinta mil palabras, cifras, gráficos, balances, porcentajes, un perfil del perturbador negro, una investigación de las causas y recomendaciones en las que el idioma americano recupera el uso del modo subjuntivo. El informe comienza

por el relato de los acontecimientos.

El 11 de junio, en Tampa, Florida, a raíz de un atraco, un policía blanco mata a un negro de diecinueve años. Dos horas más tarde, bajo una lluvia tropical, cincuenta negros se congregan ante la comisaría, una piedra rompe un cristal, la pelea comienza. Una hora después los coches de policía ya no pueden circular, los postes de la electricidad caen, la policía abre fuego sobre cualquier negro armado. Los disturbios van a durar dos días.

El 12 de junio es Cincinnati, donde la discriminación racial hace estragos entre los empleados semicuálificados (sólo el 2 por 100 de los conductores de camiones son negros) y donde las leyes sobre el vagabundaje son pretextos para vejaciones políticas. Jó-

venes negros se reúnen, paran los camiones, hacen bajar a los conductores blancos. Un negro de la N. A. A. C. P. se ofrece como mediador; mientras negocia, un sargento de la policía interviene y presenta el asunto como si se tratase de una disputa entre negros. Golpea. A las siete de la tarde comienzan los incendios, a las siete y media la agitación es completa, la confusión, total.

El 17 de junio, en Atlanta, en Georgia, la policía detiene a un joven negro por un delito menor. Doscientos negros, luego trescientos, se reúnen. Se evocan los antiguos delitos, la ausencia de piscinas, el espacio verde inaccesible por falta de carretera, las cloacas del ghetto que se tupen a cada tempestad importante, la escasa representación de los negros en el Consejo Municipal. En Atlanta es donde el Ku-Klux-Klan cuenta con mayor número de adherentes y allí el S. N. C. C., presidido por Stokely Carmichael, ha instalado su cuartel general. Carmichael aparece, Carmichael habla: si los coches de policía no se retiran se producirá el tumulto. Carmichael es detenido y liberado al día siguiente bajo fianza. La policía interviene y se siente agredida cuando los niños negros arrojan petardos; tira al aire, al azar. Más que el tumulto es la represión.

En Newark la cosa empieza en la noche del 20 de junio. El ghetto está en el centro de la ciudad, el 12 por 100 de los negros están sin empleo, el 40 por 100 de los niños viven en hogares desunidos. Tensión, delitos, saqueo. El 12 de julio, un coche de policía detiene a un chófer negro. Concentración. Una delegación de los Derechos Civiles pide hablar con el hombre detenido dos horas antes. Ya no está presentable, hay que llamar a un médico para reparar las brutalidades policíacas. La masa es enorme, cocktails Molotov, las piedras vuelan, un coche es detenido, volcado, incendiado. La Guardia Nacional llega y tira. La policía ya está tirando. Los un.s ti-

ran sobre los otros. Aumenta el pánico.

En New Jersey los acontecimientos se inician el 17 y 18 de julio. En Plainfield, el 14. En New Brunswick, donde la policía se retira y la alcaldesa habla a la multitud, recibe delegaciones y acepta que los negros expresen sus quejas, todo vuelve a la calma sin muertos.

En Detroit no hay una llamarada aislable, sino una constante algarada: es la guerra civil. Ha habido precedentes, en 1943, en 1966. La criminalidad es elevada y las costumbres de la policía ayudan a ello: a cualquier negro detenido que solicita avisar a su familia se le contesta que el teléfono está estropeado; si una muchacha es arrestada se la obliga a desnudarse, un policía la fotografía con un «polaroid» y otro se pone a acariciarla; fragmentos de negativos encontrados en una papelera han permitido llevar el asunto ante el alcalde de Detroit. En la calle los bomberos se retiran en cuanto la policía deja de protegerlos, y los negros lanzan cocktails Molotov en cuanto la policía aparece. La Guardia Nacional tira al azar y unos transeúntes mueren. Bomberos armados tiran hacia el lugar de donde parten los disparos e hieren a unos Guardias Nacionales. Los tanques hacen su aparición, momento histórico de la segunda guerra civil americana. Treinta y tres de los cuarenta y tres muertos son negros; la policía, por sí sola, mata a veintidós personas, la Guardia Nacional a siete y los alborotadores sólo a tres...

El informe Kerner intenta arrojar luz sobre todos estos acontecimientos. Lo que se lee entre líneas es inquietante. En lugar de tratar los disturbios como la expresión de un malestar se tratan como una agresión. Se les niega el valor de lenguaje. Se hacen estadísticas, pronósticos. En ningún momento se habla de dignidad humana; en los fragmentos más lúcidos del informe se habla del estatuto económico





del negro, en los más valientes se reconoce que, estadísticamente, las brutalidades policíacas vienen a la cabeza de los atropellados reconocidos. Donde quiera que la fuerza es la única respuesta a los disturbios, es la guerra.

Mañana, los veteranos negros van a volver de Vietnam. Hoy, las recomendaciones de la Comisión Kerner son realizables sólo a largo plazo: no se transforman las bocas de incendio en piscinas, no se rehacen los planos de las ciudades, no se crean empleos y capacitaciones profesionales de un verano para otro, ni siquiera con la ayuda de los métodos audiovisuales. La sociedad americana secreta sus propias formas de rebelión; los gestos del sa-

queo y los del supermercado son los mismos: en un caso se paga a la salida, en el otro no. No basta con saber que la algarada se ha producido contra los bienes materiales de los blancos más que contra sus personas. A fuerza de falsificar las razones los americanos han quedado privados de los medios de conocimiento. La delincuencia es un lenguaje que hay que aprender a leer. El ejército ya está entrenándose y hace planes de acción para los barrios negros de las ciudades; no hay que excluir el que la ley marcial se proclame antes de los colores de julio. Este año el verano americano va a empezar pronto. La segunda guerra civil está en marcha.

RACISMO

Veinte puntos de vista



Solamente un ingenuo podría esperar que entre los beneficios de la descolonización figurase la superación del racismo. Arma política eficazísima para defender intereses de grupo, la discriminación racial juega un papel de primer orden al servicio de la supervivencia del neocolonialismo en todo el Tercer Mundo. Leopold Senghor ha subrayado muy bien que el racismo no es un sentimiento natural —como puede serlo el patriotismo—, sino «un sentimiento artificialmente producido». Senghor lo define como «una enfermedad infantil de los tiempos modernos» en el trabajo que encabeza una antología de reflexiones sobre este problema, avalada por veinte firmas prestigiosas —desde Olivier Todd hasta Alain

Peyrefitte, desde Memmi hasta Galard—, que, en versión española de José Bailo acaba de editar «Nova Terra», de Barcelona. Estas veinte opiniones constituyen el resultado de una encuesta organizada por la revista francesa «La Nef», bajo el título «El racismo en el mundo». La titulación española —«Los racimos políticos»— precisa mejor el verdadero contenido de esta colección de trabajos. Si hay un denominador que corresponda a todos es la consideración, unánimemente compartida aunque no siempre se explicita, de la tonalidad política que colorea los distintos racimos en vigor.

Senghor señala muy bien cómo, a nivel teórico este carácter político del racismo encuentra su justificación en un texto célebre: «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», de Gobineau. Para el autor africano «es el principio de la conquista, concretamente del reparto del África Negra, que tuvo su conclusión en el Congreso de Berlín, en 1885». Por su lado, J. M. T., analiza, en un ensayo rápido, la conversión del antisemitismo en ideología y expone con agudeza sus distintas expresiones. En general, todos los colaboradores de esta significativa encuesta nos muestran, algunos muy brillantemente, la dimensión política del racismo, aunque en ocasiones el fenómeno aparezca enmascarado. Sin eufemismos, directamente, estos veinte puntos de vista instalan al racismo sobre sus auténticas bases. Su raíz política queda transparentemente al descubierto. ■ E. G. R.

NUEVA SOCIEDAD, NUEVO TEATRO

Bajo el signo de la investigación

La verdad es que llevamos ya bastante más de medio siglo de constante investigación escénica. Medio siglo largo de dudas, de respuestas heterogéneas, de conquistas inmediatamente puestas en cuestión.

Fue el Naturalismo, ya llevado a la novela, el que, en los años ochenta del siglo XIX, anunció la necesidad de una transformación del teatro. Zola, en uno de sus artículos afirmaba: «¿Qué deseáis que hagamos nosotros en el teatro, nosotros que somos seguidores de la verdad, analistas, exploradores de la vida, si vosotros nos probáis que en los escenarios no podemos usar nuestros métodos e instrumentos? ¡Sí! ¡El teatro vive sólo de convencionalismos, debe mentir, se niega a aceptar nuestra literatura experimental! Bien, pues entonces el teatro será abandonado, puesto en manos del simple entretenimiento. Pronunciáis el veredicto y matáis el teatro».

La disyuntiva estaba muy bien formulada. O el teatro respondía a las exigencias de los más despiertos, integrándose en los procesos y necesida-

des de la cultura, o el teatro sería abandonado en manos rutinarias, pasando a ser paulatinamente de arte vivo a hábito social, primero, y, más tarde, de hábito social a anacrónico entretenimiento.

Brecht, muchos años después, y desde perspectivas bien distintas, en un famoso poema dedicado a los actores de una compañía tradicional, decía:

«En cuanto a vosotros, no digáis: ese [hombre] no es un artista. Levantando tal muro [ralla] entre vosotros y el mundo, vosotros [mismos os arrojaís] fuera del mundo, Negadle su calidad de artista; él podría negaros vuestra calidad de hombres, y entonces sería más grave su reproche».

El hombre a que alude Brecht es el «hombre de la calle» y a su teatro cotidiano para comunicarse con los semejantes y afrontar las circunstancias. Brecht vuelve a decirle al teatro, como Zola medio siglo atrás, que tiene que elegir entre estar o no estar en el